



Foto: Adrián Asdrúbal Galindo

**algún día estuvo allí. En tu obra, ¿qué deja el desplazado en su tierra cuando es arrancado?**

Para hacer esta obra hicimos una investigación teórica con sociólogos y antropólogos. Recuerdo mucho un testimonio de una mujer que decía que su mamá y ella tuvieron que ser desplazadas hacia el norte del país. Entonces su mamá, quien ya era una mujer grande, siempre le preguntaba: “¿Dónde están mis pollos? ¿Por qué no están aquí?”. Yo lo que veía ahí era que tu cuerpo se puede desplazar, pero tu mente y tu espíritu no. Tu mente y tu espíritu siguen allá, en ese lugar de origen, en tu tierra. El preguntar por los pollos era recordar el lugar del que vienes. Lo que veo es que el cuerpo corre, porque tiene que correr; porque tiene que salvarse, pero tu corazón no es tan rápido, tu corazón se quedó en ese lugar. Entonces es también todo ese proceso de ahora estoy en otro lado y cómo me recupero completamente, en todo mi ser; para poder estar aquí en este lugar nuevo. Eso es muy complejo porque el tema de los desplazados es que cuando llegan a otro lugar; generalmente son rechazados: “¿Qué haces aquí? ¡Eres ladrón!”. Sobre todo cuando llegan a las grandes ciudades hay una revictimización de los desplazados. Además, llegan a vivir en zonas muy miserables; después de que en su tierra tal vez tenían su parcela y podían sembrar; en las ciudades llegan a aguantar hambre.

**¿Qué hay de esta realidad irónica donde en un lugar tan fértil se asome la muerte a través de la violencia brutal?**

Esa es la historia de Colombia, básicamente. Colombia es

un lugar muy rico en muchas cosas, en plantaciones, en agua y mucho de eso se ha perdido porque las zonas ya no pueden ser habitadas por los pobladores, sino por la guerrilla o por los paramilitares. Muchos lugares a los cuales no se tenía acceso en alguna época porque justamente era territorio de la guerrilla, aunque en un principio no fuese de las poblaciones. También el Estado ha colaborado en eso. El desplazamiento no es sólo por estos actores armados, sino también el Estado ha contribuido porque quiere sembrar palma... industrias que quieren sembrar otras cosas ahí y desplazan a la gente. Separar a esta gente de su raíz es una cuestión muy compleja, en el sentido de que cambian sus maneras de relacionarse con el mundo y se vuelven pueblos tristes. Está el caso de Bojayá, de donde es Milenia, una mujer que decían que era como la loca del pueblo y ella, en una cuestión de mucho corazón, cuando ocurre la masacre en ese pueblo, su primer impulso es construir cuerpos. Después de esa masacre, el pueblo prácticamente queda deshabitado. A los habitantes los mueven hacia otros pueblos y lo que hace el Estado es construirles unas casas de cemento lejos del río. Para ellos eso ha sido muy difícil porque vivían de su río y están acostumbrados a vivir en relación con él. Lo que hacen ahora (últimamente me enteré de esto y me parece una cuestión triste y bella al mismo tiempo) es que todas las mañanas caminan al río, pero ya caminan mucho tiempo, por las tardes, y se sientan ahí a ver el río. De alguna forma no sólo destruyen la vida humana, sino la riqueza natural también y la separan de esa relación natural, justamente, con el ser humano.